

CANUDOS Y OTRAS HISTORIAS NORDESTINAS

Por Antonio Maura

Cuando el DNOCS ⁽¹⁾ decidió construir el pantano de Cocorobó para abastecer la región nordestina de Brasil, se sepultaba definitivamente bajo las aguas la ciudad de Canudos. Se borraba de la Geografía, ya que de la Historia no era posible, aquella Troya de barro y paja que durante dos años resistió cuatro expediciones del ejército regular, que no fue conquistada hasta que cayeron sus últimos defensores y que serviría de tema a dos obras maestras. Realmente Canudos ya no era nada. Las 5.200 chozas y las dos iglesias habían sido arrasadas por el ejército republicano, sus restos quedaban esparcidos y quemados bajo el viento y el sol sertaneros. Se completaba así una obra que había comenzado el 4 de Noviembre de 1896, y, cuyo objetivo había sido hacer desaparecer del mapa aquella ciudad y todo lo que ésta pudiera significar. El departamento contra la sequía solamente puso el punto final. Pero, por qué tanta rabia? qué tenía esa pequeña ciudad para que la respuesta del poder fuese tan contundente? Qué símbolo, que significado podría esconderse en aquellas barracas miserables para que fuese tan urgente, tan preciso destruirlas? La intención de estas páginas no es otra que tratar de responder de alguna forma a estas preguntas y esbozar algunas reflexiones que pudieran ser utilizadas posteriormente para un estudio comparativo de las obras de Euclides da Cunha y de Vargas Llosa.

-
- (1) EL DNOCS (Departamento Nacional de Obras Contra la Sequía), fundado el 21 de octubre de 1909, es una entidad pública dependiente, en la actualidad, del Ministerio del Interior, cuyo objetivo es la construcción de obras como embalses, perforación de pozos e infraestructura contra las sequías. El pantano de Cocorobó, comenzado en 1951 y concluido en 1967, ocupa 245 Km² del sertón de Canudos, hoy perteneciente al municipio de Euclides da Cunha, región en la que se desenvolvió la historia de los yagunzos de Antonio Consejero.

EL MONOPOLIO DE LA TIERRA. LA SEQUIA

La epopeya de Canudos no es un hecho aislado, único. Es preciso analizarla junto a otros movimientos de características semejantes que suceden en los sertones nordestinos entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Hay en este período toda una serie de problemas de orden económico, ideológico y político que inciden de forma directa sobre esta región. La raíz de estas crisis habría que buscarla en el monopolio de la tierra, cuyo origen se remonta a los tiempos coloniales, con la división del Brasil en Capitanías Generales y con la concesión de las sesmarías (2).

En la época que nos ocupa se produce el desarrollo vertiginoso del sur del país, debido al auge del mercado de café. Las nuevas plantaciones, que continuamente se van creando, necesitan de gran cantidad de mano de obra que se encontrará en las zonas más atrasadas. Por otra parte el Estado de São Paulo absorberá la casi totalidad de la emigración europea, que en la última mitad del siglo se cifraba en el orden de las cien mil personas por año. Estos hechos permiten ilustrar el crecimiento de la hacienda paulista que provocará como consecuencia la ruina de los otros estados. Quizá donde se hizo notar más esta crisis fue en el nordeste, que consigue únicamente sobrevivir gracias al cultivo de la caña y al ingenio de azúcar. Las demás plantaciones van paulatinamente desapareciendo, cayendo en manos de los señores del azúcar, cuya apetencia insaciable de extender sus cultivos condujo a la lucha por el monopolio de la tierra.

Este sistema económico estaba basado fundamentalmente en el monocultivo del azúcar y en la utilización del trabajo del esclavo. Aunque el 13 de mayo de 1888, ocho años antes de la primera campaña contra Canudos, fue abolida la esclavitud, la utilización de una mano de obra casi gratuita durará hasta nuestros días. El esclavo pasó a ser un semisiervo en manos del latifundista, viéndose obligado a trabajar una jornada de doce horas para tener derecho a su escasa manutención diaria. Por otra parte el monocultivo de caña impedirá el relanzamiento de otras fuerzas productivas, dificultará la entrada de tecnología moderna, lo que hubiera permitido un mayor desarrollo, provocándose el atraso cultural y económico que caracteriza al Nordeste. La población que ocupa estos estados se verá obligada a vivir en la más extrema miseria y en el mayor aislamiento cultural, con un analfabetismo casi generalizado y una total ignorancia de todo lo que pudiera suceder mas allá de los

(2) SESMARIAS: Lotes de tierra incultos o abandonados que los reyes de Portugal cedían a los que se dispusieran a cultivarlo. Aurelio Buarque de Holanda. Novo Dicionário da Língua Portuguesa.

límites del sertón. La única forma de conciencia del Universo, de la Naturaleza, la sociedad o la vida era dada por la religión católica y por las sectas, más o menos heterodoxas, nacidas en las comunidades rurales.

A este sombrío panorama habría que añadir el azote de las sequías, que reduce aún más la alimentación del campesino. El sertanero, a cambio de un trabajo de sol a sol para el señor, tenía derecho a plantar en pequeños lotes de tierra, maíz, frijoles y sandías lo que, junto con la cría de algunas cabras, consistía la casi totalidad de su alimentación. En cambio, en las temporadas de ausencia de lluvias, ésta se reducía, para los más afortunados, a raíces, tubérculos y frutos silvestres. Otros muchos no tenían siquiera derecho a esta miserable alimentación, viéndose abocados al castigo del hambre. Euclides da Cunha recoge una larga lista de sequías que padece el Nordeste entre los siglos XVIII y XIX, de ellas, la más catastrófica para nuestra historia, fué la que tuvo lugar entre 1877 y 1879. Tres años consecutivos sin agua que provocaron la falta casi absoluta de recolección, la muerte del ganado y el descenso alarmante de trabajo. Sólo en el año de 1878, y únicamente en el Estado de Ceará, se encuentran sin empleo, es decir sin los medios más elementales de subsistencia, 120 mil personas sobre una población de 800 mil. Estas gentes sin alternativas se veían obligadas a partir al Amazonas, donde el cultivo del caucho tenía enorme auge, a los cafetales de São Paulo, o morir de hambre por los caminos del sertón. Aquellos que tenían la suerte de emigrar conocían otras formas de producción y de trabajo, y a su regreso, se volvían inconformistas rechazando la miseria y el hambre, a las que los relegaba el hacendado. Esta protesta social sólo podía encontrar dos canales de expresión: el bandolerismo de los canganceiros y el fanatismo de los iluminados, fundiéndose ambos muchas veces en un marco común, como sucedió en el caso de Canudos.

2. CANGANCEIROS Y FANATICOS

Canganceiro es el nombre que se dá en el nordeste al bandido fuertemente armado que recorre los sertones, asalta haciendas, conquista poblados, se alimenta de las rapiñas y vive hajo la persecución constante de la policía. Generalmente forma grupos de tres a diez hombres como máximo. Quizá el que mayor pueda ilustrar esta figura sea Virgulino Ferreira da Silva, Lampión, conocido como Rey del Cangango y Gobernador del Sertón, quien, nacido en Sierra Tallada, en el estado de Pernambuco, vive en su infancia una realidad familiar de características semejantes a la de An-

tonio Consejero, líder ideológico de Canudos. Los Nogueiras y Saturninos, poderosas familias locales, matan una cabra de los Ferreiras. Estos últimos se vengán dando muerte a un miembro de una de las familias rivales huyendo posteriormente al vecino Estado de Alagoas, donde será asesinado un Ferreira: el padre de Lampiön. Virgulino se une a uno de los bandos más conocidos de cangaceiros con la idea de poder vengarle un día. Aquí comienza una larga peregrinación de veinte años de asesinatos, asaltos a grandes haciendas, asedios a poblados y ciudades, agitando el nordeste en sus correrías. Toma las ciudades de Sousa en Paraíba, Limoeiro en Ceará, y está a punto de conquistar Mossoró, la segunda ciudad en importancia de Rio Grande del Norte. Es contratado y armado por el Padre Cícero en 1926 para la defensa de intereses locales, recibiendo el mando de capitán por parte del mismo ejército. Su historia está íntimamente ligada a la de María Bonita, su compañera, que fue también miembro del cangaço, con la que morirá en la hacienda de Angico en Sergipe, el 28 de julio de 1938. Su personalidad, iluminada por la leyenda, ha sido retratada en libros, canciones populares, siendo héroe de numerosas obras de la "Literatura de Cordel" ⁽³⁾, mereciendo, incluso, un programa de la televisión brasileña. Es el mismo Lampiön quien define el cangaço como una auténtica profesión. Qué solución podía quedar a esos hombres, sin tierras ni trabajo, empujados al hambre por causa de las sequías y de la pésima administración de los hacendados, siempre preocupados por sus intereses personales? Ninguna, si no era unirse, armarse y procurarse la subsistencia como podían. El nordeste es recorrido, desde finales del pasado siglo hasta los comienzos del presente, por estos grupos que se unen o se separan dependiendo de las condiciones climáticas, políticas o laborales. Muchas veces su historia se funde con la de las sectas religiosas que durante este tiempo se reproducen en los sertones. Estos movimientos se engendran en torno a um iluminado — Antonio Consejero en Canudos, Padre Cícero en Juazeiro o Beato Lourenço en Caldeirão — que, gracias a sus prédicas, catalizan todo un malestar social. Surgen así sectas religiosas de numerosas variantes cuyo punto en común de origen es la religión católica. Sus adeptos, fanáticos o místicos, se reúnen en lugares abandonados hasta constituir auténticas ciudades. Las autoridades de la iglesia se apresuraron a condenarlas. En este sentido Euclides da Cunha narra la llegada, en 1895, de tres frailes capuchinos al poblamiento de Ca-

(3) LITERATURA DE CORDEL: Romancero popular nordestino, en gran parte contenido en folletos pobremente editados que se exponen a la venta colgados de una cuerda o cordel, en las ferias y mercados nordestinos. Aurelio Buarque de Holanda. Novo Dicionário da Língua Portuguesa.

nudos (4). Estos van a encontrarse enfrente de mil hombres armados, teniendo "la impresión de haber caído de golpe, en medio de un campamento de beduinos". En su breve recorrido sienten miradas inquietas, recelosas, hostiles, ante las cuales esbozan un "loado sea Nuestro Señor Jesucristo" que es inmediatamente respondido por un "para siempre sea loado tan buen Señor". Entran en el pequeño templo y se encuentran con Antonio Consejero que les acoge afectuosamente, les informa de los trabajos de la iglesia y se les ofrece como guía para que puedan apreciarlos. Esta cordialidad impulsa a los religiosos a comentarle que "mucho les extrañaba encontrar allí hombres armados y no podían dejar de condenar que se reuniesen en lugar tan pobre tantas familias entregadas a la ociosidad, en un abandono y miseria tales que diariamente se producían de 8 a 9 defunciones. Por esto, por orden y en nombre del Señor Arzobispo iban a abrir una Santa Misión aconsejando al pueblo que se dispersase, volviese a sus lugares de origen y a su trabajo, en interés de cada uno y para el bien común". Esto originó el primer altercado. El recinto se llenó de personas que no estaban dispuestas a abandonar a su Consejero. Se temía un desorden inminente. Antonio Consejero los calmó y con su placidez habitual contestó a los capuchinos que precisaba de aquellos hombres armados para protegerle de la República, a la que él no podía reconocer. A lo que respondió el religioso airadamente, que la Iglesia condenaba las revueltas, enseñando que los poderes constituidos mandan a los pueblos en nombre de Dios y que en el mismo Brasil todos, desde el primer obispo hasta el último católico, aceptaban al gobierno republicano. Solamente él y su secta iban a negarse a reconocerlo? No era una forma correcta de pensar. Su doctrina estaba equivocada. El gentío congregado, casi siguiendo las leyes del teatro griego, respondió a coro: "Es Vuestra Reverendísima quien tiene una falsa doctrina y no nuestro Consejero". De nuevo es el iluminado quien tranquiliza los ánimos para que ellos puedan continuar su labor, y ya que no tenía ninguna intención de desarmar a su gente, tampoco quería estorbar su santa misión. Euclides da Cunha sigue contando los avatares de la misma, que al séptimo día de la prédica — se habían conseguido 55 casamientos, 102 bautizos y más de 400 confesiones — fueron invitados a salir por João Abade y los pobladores de Canudos, a los gritos de "Viva el Buen Jesús y el Divino Espíritu Santo". Esta anécdota se repite con distintas variantes en los otros casos de mesianismo. La Iglesia se negará siempre a aceptar estas prác-

(4) OS SERTÕES de Euclides da Cunha. p. 140 a 143. Livraria Francisco Alves Editora S.A. 1981. Las traducciones de estos textos como las de los que se citan a continuación son del autor de estas páginas.

ticas heterodoxas, debido a que ellas iban unidas a ciertos desmanes que alteraban el orden social constituido por los grandes hacendados. Este rechazo de la Iglesia era inseparable de la intervención del ejército, ya que aquellos grupos de canganceiros y fanáticos no hacían otra cosa que confundir la mente de los sertaneros que tenían, por otra parte, tan buena disposición de carácter y tanta inocencia religiosa. Una vez más la Iglesia y el Estado se unían para sofocar cualquier tipo de protesta social. Y la represión que tales hechos conllevaba era extraordinaria. De Canudos sólo quedarían cuatro supervivientes: 'un anciano, dos hombres y un niño, al frente de los cuales rugían rabiosamente cinco mil soldados' (5).

3. CORONELES Y CAPANGAS

En el sertón sin sombras se proyecta la figura de uno de sus más siniestros personajes: el capanga. Éste viene a ser una especie peculiar de matón a sueldo que actuará a las órdenes de los "coroneles", nombre que reciben en Brasil los grandes hacendados. Estas dos figuras — coroneles y capangas — se oponen a los canganceiros y fanáticos. Si estos últimos responden a la llamada del hambre practicando rapiñas y uniéndose en comunidades parareligiosas, coroneles y capangas defienden el orden establecido y constituyen la otra vertiente social del nordeste.

Ya desde los tiempos de la colonización, los dueños de las sesmarías, poseedores de inmensos latifundios, es decir los coroneles, tuvieron que armar a sus trabajadores para defenderse de los ataques indígenas, a quienes usurpaban sus territorios. Más tarde fue la lucha por los límites entre las sesmarías y las haciendas, donde ya la figura del capanga se hizo necesaria. En estas amplias extensiones de tierra, el coronel, casi totalmente aislado del exterior, sin el control del gobierno, forma su propio ejército y se nombra autoridad absoluta en la región. Son conocidas auténticas guerras entre hacendados por el control de la tierra. Como ilustración de este estado de cosas es interesante señalar que, en la segunda década de este siglo, tuvo lugar el enfrentamiento entre los coroneles Militão y Horacio de Matos, para lo cual éste último movilizó más de seiscientos capangas, durante cinco meses, por numerosos municipios, ciudades y poblados del interior de Bahía. El mismo Horacio de Matos, en otra ocasión, llega a tomar la ciudad de Lençóis con mil hombres. Las distintas campañas de este coronel hacen necesaria la intervención del Gobierno Federal a quien le son impuestas condiciones para la total pacificación de

(5) O. cit. p. 407

la región. Algunas de ellas ponen de relieve la autoridad de este hacendado: no entregará ni las armas, ni las municiones, y le serán reservadas dos plazas de diputado estatal y una de diputado federal, para poder elegir a sus candidatos. Otro conocido coronel, Floro Bartolomeu, jefe político de Juazeiro y defensor armado del Padre Cícero, repele y pone en fuga, en enero de 1914, a tropas del Gobierno Estatal a las que sigue hasta la misma ciudad de Fortaleza, capital del Estado de Ceará. Como consecuencia de esta persecución, para la que movilizó y armó a cinco mil hombres, fueron saqueadas sucesivamente las ciudades de Crato, Barballa y Quixada. En todas estas campañas el elemento de choque, adiestrado y municiado por los coroneles, será el capanga, cuya presencia sobrevive hasta nuestros días. En la actualidad el gran propietario ha perdido el extraordinario poder que tuvo un tiempo, aunque todavía utiliza esta mano armada en defensa de sus intereses políticos, produciéndose la alianza del latifundio semifeudal y la burguesía.

El capanga se transforma así en un asesino asalariado tras una larga historia de crímenes, que comenzaron con el exterminio del indio y continuaron con las guerras por la hegemonía de los hacendados y con la defensa de las grandes propiedades ante el proletariado rural, sin tierras ni trabajo, cuya única ambición es la supervivencia.

4. EL YAGUNZO EN EUCLIDES DA CUNHA

Euclides da Cunha, en "Os Sertões", no diferencia entre cangaceiros, capangas o fanáticos. Para todos ellos emplea el mismo nombre: yagunzo. No menciona para nada los problemas sociales, políticos o económicos que hicieron surgir estas tres figuras en el nordeste. La explicación euclidiana nace de otros presupuestos. El yagunzo, el vaquero nordestino, "está en función inmediata de la tierra". (6)

En la primera parte de su obra, como en una obertura magnífica, intentará explicar esta tesis. Esta región mineral, de antigüedad ignota, donde se encuentran todavía, en gran cantidad, fósiles de diversas variedades de peces y de animales acuáticos, con restos de una fauna antediluviana que la convierte en un inmenso cementerio de mastodontes, rebosante de "vértebras descoyuntadas y partidas, como si la vida hubiera sido allí, de golpe, asaltada y destruida por la voluminosa energía de un cataclismo". Des-

(6) Todos los temas tratados y citados en este ladillo pertenecen a "A Terra" y a "O Homen" de Os Sertões.

truida hace milenios, pero dónde los restos de esta tragedia permanecen intactos, inviolados, presentes en nuestros días, con la impresionante grandeza de un museo natural, que puede transportar al viajero a los límites de su origen como especie. Parajes donde la tierra todavía se prepara para la vida, donde surge una flora castigada y remota: las nopaleas, de la familia de los cactus, consideradas por Saint-Hilaire como los primeros vegetales del mundo. Las favelas, pequeños árboles con flores blanco amarillentas, desconocidas para los mismos científicos, perdidas en la noche de los tiempos. Los cajuís — *anarcadia humilis* — de profundas raíces, que alcanzan la altura de un metro sobre la superficie, sobreviviendo, en su mayor parte, en la oscuridad de las entrañas de la Tierra. Los mandacurús, grandes cactus del tamaño de un árbol, “sucediéndose constantes, uniformes, idénticos todos, del mismo tamaño, igualmente distanciados, distribuidos en orden singular por el desierto”. Por un desierto de cerros dismantelados, casi desnudos, diseminados como cráneos en un osario de gigantes. Lechos secos de ríos que parecen, en aquellas soledades, heridas abiertas, tristes insignias de una olvidada derrota. Gargantas impenetrables, barrancos vertiginosos. Sedes de lagos extinguidos con fisonomía de anfiteatros. Y es que la extraordinaria sequedad del aire, las caídas repentinas de temperatura en las proximidades de la noche y las tormentas tropicales, casi instantáneas, pero de impresionante intensidad, han conseguido labrar la arcilla bermeja, el cuarcito, el taloxito azul, creando estos monumentos de piedra, estas majestuosas ruinas de castillos, estos graderíos, vestigios de civilizaciones desconocidas, estigmas del “martirio secular de la Tierra”.

De esta forma Euclides nos presenta el escenario grandioso y sobrecogedor donde habita el yagunzo, ser mítico, envuelto en las brumas de la Historia, surgiendo de sus raíces, hermanado a un paisaje ancestral como un ídolo de carne. Heredero de las tres razas que se fundieron en Brasil: blanco, negro e indio. Mezclando en su sangre los oscuros rituales de África, la magia de las culturas precolombinas y la civilización engendrada en Occidente, cuyos restos medievales permanecen en el sertón. Tendrá que enfrentarse a una Naturaleza inhóspita, atravesada por torrentes impetuosos nacidos de las lluvias torrenciales, amenazado por las grandes sequías que destruyen todo vestigio de lo viviente, azotado por vientos nocturnos que hacen estremecerse de frío. El yagunzo se sobrepone a todo, es fuerte, bárbaro, impetuoso, abrupto. Si su imagen no parece corresponder a esta realidad, no por ello debemos engañarnos. Su aspecto sin gracia, su andar sin firmeza, sin aplomo, su presencia como la de un dios derrotado solo revelan una fatiga permanente. La fatiga de un hombre que tiene que estar siempre dispuesto para el esfuerzo. Pronto lo veremos desapa-

recer tras una pieza de ganado, y, ese mismo hombre se tranfigura, realza su estatura, muestra sus músculos que creíamos ausentes, cambia de gesto, realizándose “la noble creación de un tosco centauro: emergiendo de improviso en los claros, sumergiéndose en frondosos arbustos, saltando parapetos y lagunajos, recuperando las cabezas de ganado extraviadas, rompiendo rápido los desgarradores espinos, precipitándose, a toda carrera, por los extensos llanos salpicados de matas”. Pero luego retorna a su laxitud, a su abandono. Y es que el yagunzo tiene que aprovechar cada instante de energía, tiene que esforzarse, darse entero, entregarse a las celadas de su destino. La vida entre la opulencia de las lluvias y la abstinencia de las sequías lo ha convertido en un ser de ímpetu extraordinario y continuas apatías. No algo intermedio, sino una fusión de impulsos opuestos que se suceden en su personalidad contradictoria, intermitente y extraordinaria.

Sabe ser también sumiso con el patrón y solidario con sus compañeros de infortunio. Conocen, una a una, todas las reses. Cuidan de ellas sin que el hacendado precise controlarlos. El ser tanero es incapaz de robar o matar una sola pieza, ni siquiera bajo la mordedura del hambre. Es honrado con el señor y con el vaquero. Si se encuentra una res que no es suya, la cuidará junto a las otras, con el mismo trato y la devolverá, más tarde, a su auténtico dueño. Todos ellos se comportan así. A veces se pierde una vaca y ésta da crías. El yagunzo que las encuentra hará grabar sobre el lomo de las recién nacidas la misma marca de la desconocida ganadería. No hay engaño en él, no hay mentira. Cuando un vaquero tiene alguna dificultad, surgirán enseguida cantidad de yagunzos para auxiliarle, para acompañarle, para enfrentar con él las penalidades de una vida extenuante.

Cómo, entonces, puede explicarse la rebelión de Canudos? Para responder esta cuestión es preciso remontarse a los oscuros orígenes de este personaje de leyenda. Buscar en su sangre la diversidad de razas y de civilizaciones que lo constituyen. Es un mestizo y la mezcla de culturas tan lejanas “es, en la mayoría de los casos, perjudicial”. Las distintas y contradictorias características, procedentes de Africa, América y Europa, con sus diversos estadios evolutivos van a desembocar en un ser atrasado, en permanente desequilibrio, comparable en su comportamiento a los histéricos. Se anula así, “en poco tiempo distinciones resultantes de un lento trabajo selectivo”. El mameluco, mulato o zambo “es un decaído, sin la energía física de sus ascendientes salvajes, sin la altura intelectual de los blancos”. La fatalidad de las leyes biológicas se refuerza con los climas enfrentados y la dureza de la tierra, para presentar este caracter singular, a la vez “inquieto, inconstante, deslumbrando en un momento y apagándose en seguida”. Su

religión al igual que su raza es también mestiza. Se caracteriza por la influencia africana e india que modifica y retarda la doctrina que llegó a América con la colonización. Hasta aquí las explicaciones de Euclides da Cunha. En ningún momento llega a suponer que Canudos pudiera ser el reflejo de una protesta social, canalizada a través de la única posibilidad que les quedaba de integrarse en una ideología. Si esta secta era mas o menos heterodoxa, con mas o menos rituales ancestrales, herencia del pasado que los aunaba, no tiene mayor importancia. Lo fundamental, lo que Euclides no dice, la raíz misma del problema que desencadenó un rechazo de tanta magnitud como para exterminar la secta de Canudos, no podía estar en una doctrina de atrasados de la civilización, desequilibrados o histéricos. Lo que allí se defendía no era tal o cual dogma religioso, sino quien tenía el poder. Y los hacendados, coroneles o gobernantes no podían permitir la mas leve duda a este respecto. El que grupos de cangaceiros, yagunzos o fanáticos pudieran vivir fuera del sistema que ellos protagonizaban era un reto incomparablemente superior a una guerra de religión o a la sublevación de una facción monárquica contra el Gobierno de la Republica. Canudos, en consecuencia, no sería el único movimiento. Y no lo es. Hay muchos más.

5. MOVIMIENTOS MESIANICOS

Los sertones nordestinos van a verse inflamados, en la época que comentamos, por numerosas agitaciones religiosas, mesianismos de toda índole, engendrados por profetas o iluminados, que amparan a su sombra millares de hombres, mujeres y niños famélicos, que buscan a ciegas, agarrándose a una última esperanza, el remedio a sus males, al hambre, a la enfermedad, a la miseria. Hacer una relación completa de todos ellos sería imposible en estas breves notas. Intentaremos mostrar algunos como ilustración de esos fogonazos que se encienden aquí o allí, iluminando la tragedia del sertón y cuyos reflejos, largamente esperados, conducen a las multitudes a la demencia, a la irracionalidad y, muchas veces, a la muerte.

La primera en el tiempo, Piedra Bonita, la recoge el mismo Euclides da Cunha. (7)

En el Estado de Pernambuco, el lugar llamado Sierra Tallada fue escenario, en 1837, de rituales primitivos y sangrientos. Un mestizo llegó a convencer a familias enteras que, en brevedad, llegaría el rey D. Sebastián rodeado por un ejército de ángeles para

(7) O. Cit. pa. 98.

castigar a la humanidad ingrata y premiar, con innumerables riquezas, a todos aquellos que colaboraran en la creación de su reino mágico. Para que se produjera su aparición solamente era necesario quebrar la roca en la que se materializaría su presencia, desgajándola, desmoronándola por medio de sangre inocente, cuyo aroma milagroso sería capaz de trazar un puente sagrado, a través del cual el encantado rey pudiera descender a la tierra. Todo un holocausto infantil tuvo lugar en aquel altar monstruoso. Las mismas madres se disputaban el honor de ser las primeras en entregar a sus hijos al sacrificio. La sangre chorreaba por las laderas de Piedra Bonita, las cabezas y los cuerpos infantiles rodaban semejantes a títeres en un guíñol macabro. Se elevaba un tufo que nunca alcanzaría a los cielos y la atmósfera se llenaba de algo hediondo, fétido, impidiendo, mucho tiempo después, habitar el lugar, porque aquella pestilencia permanecía aún pegada a la roca, teñía los arbustos y contaminaba el aire.

Juazeiro del Norte, pequeña ciudad en el centro del valle de Carirí, al sur de Ceará, será también el foco de un enorme grupo de miserables que peregrinaran en busca de consuelo. El patriarca de este movimiento será el padre Cícero, con fama de santo desde que, en marzo o en junio de 1890, se convirtiera en sangre una forma consagrada que este puso en los labios de la beata María de Araujo. Este hecho será difundido por los sertones, dando enorme fama al Padre como autor de milagros. El gran número de desarraigados que se fue concentrando, a principios de siglo, en la pequeña ciudad de Juazeiro será utilizado como potencial para sus fines personales por un aventurero, médico de profesión, llamado Floro Bartolomeu. Este llegará a ser diputado federal por el Estado de Ceará, jefe de yagunzos, polémico en el parlamento y en la prensa, coronel, en definitiva, del valle de Carirí. En extraordinaria simbiosis con el padre Cícero, apaciguarán ambos la reveldía sertanera, la salvaje violencia que engendra el hambre. Floro será inspirador de un celebre "pacto de los coroneles", pondrá en fuga a las tropas del Gobierno Estatal de Ceará, llegando incluso a entrar en Fortaleza, e impedirá el poder de los grandes latifundistas sobre el de la pequeña burguesía industrial. El Padre Cícero calmará los ánimos de los yagunzos en los tiempos más difíciles, llegará a ser un mediano propietario, dando trabajo a muchos necesitados, potenciando una artesanía popular muy conocida en el nordeste, y satisfará las necesidades religiosas de una multitud, siempre que ella se sometiera al poder de los coroneles. Honorio Vilanova, antiguo sicario de Antonio Consejero huído a Juazeiro, comparando ambos movimientos no encontrará ninguna semejanza, porque mientras uno — el Consejero — distribuía entre los pobres todo lo que recibía, el otro lo acumulaba. Si uno reacciona

ba con las armas contra los potentados, llegándose al casi total exterminio de sus seguidores, el Padre Cícero disciplinó, en la medida de lo posible, los excesos de la fé y el fanatismo sertanero. Ciertamente no eran comparables ambos movimientos y es esta la razón fundamental de que el fenómeno de Juazeiro no fuera pasado por las armas.

En el caso de Caldeirão y Pau Colher, en cambio, el desenlace fue trágico. El negro Zé Lourenço, fiel seguidor del Padre Cícero, había difundido a su alrededor una aureola de santidad. Un toro que le acompañaba, de nombre Mansiño, realizaba prodigios según rumoreaban aquellas gentes milagreras. Fué tanta su popularidad que el mismo Floro Bartolomeu, temiendo el despertar de una creencia equívoca, mandó vender el animal para ser sacrificado. Como el toro, buey o cebú, que este punto la historia no precisa, era propiedad del padre Cícero, así se hizo, acabándose de una vez con todas las habladurías y leyendas. Nueve años después, en 1930, la figura del Beato Lourenço vuelve a aparecer, esta vez a lomos de otro animal sagrado: un caballo. Había conducido a su grey, los penitentes, al lugar conocido por Caldeirão, una de las posesiones del Padre Cícero, que desde su muerte pertenecía a los salesianos. Allí excavaron pazos, canalizaron numerosos riachuelos humedeciendo los resecos terrenos y sembraron el lugar. Pocos años después aquellas tierras tenían plantaciones de algodón, maíz, arroz, frijol, mandioca y caña de azúcar. Incluso habían construido un ingenio para elaborar la rapadura y la miel de caña. Sus vestidos eran realizados en su totalidad por ellos mismos. El algodón recogido de las plantaciones era teñido, tejido e hilado por los penitentes. Sin una justificación suficiente, como había sucedido en Canudos, fue enviado a Caldeirão, el 9 de noviembre de 1936, un destacamento de la policía militar. Se les dió un plazo de cinco días para abandonar el lugar y antes de cumplirlo ya estaban ardiendo la totalidad de sus barracones, plantíos y cañadas. La versión oficial fué que los mismos penitentes habían provocado el incendio. Hecho un tanto improbable si consideramos que durante seis años consecutivos aquella gente había hecho lo indecible para crear una comunidad en la que los bienes eran repartidos equitativamente entre todos ellos. Ante esta agresión, los penitentes, refugiados en el llano de Araripe, se dividieron en dos bandos. Uno, pacífico, dirigido por el beato Lourenço, y otro, violento, cuyo líder era Severino Tavares, jefe de yagunzos. La pretensión de este último era atacar la ciudad del Crato, a 25 Kms. de distancia, para hacerse con armas y hombres con la idea de recuperar Caldeirão. Esta iniciativa no pudo realizarse porque nuevamente una compañía de la policía militar auxiliada esta vez por tropas regulares y algunos aviones, bombardearon, asalta-

ron y dispersaron a la comunidad. El Beato Lourenço huyó a Pernambuco, Severino Tavares resistió en Pau de Colher, en el Estado de Bahía, hasta que en Enero de 1938 fueron todos asesinados por tropas del gobierno, contabilizándose un total de 400 cadáveres.

En Canudos se repite la misma historia, aunque la magnitud del crimen es muy superior. No habrá dispersión entre los seguidores de Antonio Consejero, todos serán masacrados. Tampoco habrá un único director político, como en otros movimientos comentados, sino muchos. Es cierto que el Consejero tendrá esa fuerza extraordinaria que sabrá reunirles e infundirles un halo de esperanza, pero se unirán también a él numerosos jefecillos, conocidos en el sertón: Pedrão, Estevão, Joaquim Tranca-Pés, Chico Ema y otros, genialmente dibujados por Vagas Llosa, como el negro João Abade y el caboclo Pajeú. Canudos vá a ser la cima de la rebelión nordestina, el símbolo más alto de su lucha por la libertad y la vida. Su fuerza es también inmensa, resistirán durante un año, cuatro expediciones del ejército regular y de la policía militar, con un total de 12 mil soldados, distribuidos en cuerpos de infantería, caballería y artillería. Primero fue un destacamento de la policía militar con treinta hombres, luego, y sucesivamente, fuerzas del ejército de 550, 1500 y 4000 hombres, que no fueron suficientes para sofocar la rebelión, precisando de nuevos refuerzos, de nuevos generales y hasta del mismo ministro de la Guerra, mariscal Carlos Machado Bittencourt, que se desplazaría hasta Monte Santo para dirigir la última ofensiva del ejército brasileño.

Esta grandiosa epopeya va a encontrar la voz de dos grandes escritores: Euclides da Cunha y Mario Vargas Llosa. Ambos, desde diferentes épocas y con distintos presupuestos intelectuales, intentarán reflejar el combate de un grupo humano por su supervivencia, su cultura y su identidad. En ese casi islote formado por una curva del río Vasa Barris, se unificó una multitud surgida de la más alta miseria e indefensión. Su fe en una idea, aunque estuviera equivocada, su resistencia y su valor ante el exterminio hacen recordar las epopeyas clásicas. El tema es apasionante. No es extraño que haya atraído a dos escritores entre los mejores que ha engendrado América Latina. Ambos, en la plenitud de sus capacidades, van a mostrar la singularidad de esta historia, el heroísmo de aquellos hombres y la profundidad de su tragedia. Canudos ha llegado a ser un mito no sólo en el nordeste sino en la cultura universal. Confrontar ambas obras, y solo como simple comentario, podría ser útil no solo para mostrar la diversidad de dos estilos que originan distintos espacios de ficción, sino también para reflexionar sobre el sentido profundo de la literatura.

6. OS SERTÕES

Cuando Euclides da Cunha comienza el relato de las campañas militares contra el poblamiento de Canudos, ha hecho una descripción minuciosa de la tierra, el clima y los hombres del sertón. Para explicar, para explicarse a sí mismo, el heroísmo de los yagunzos necesita crear previamente un ser épico, una tierra de leyenda y un clima mágico, donde no estrañen los hechos que se van a producir. Antonio Consejero es descrito con todos los datos biográficos de los que dispone el autor en aquellos momentos. Pero la biografía resulta un tanto vulgar. Un hombre del interior que vive en su infancia, al igual que el canganceiro Lampião, la influencia de una lucha de familias. Poco agraciado, después, en su matrimonio con una mujer que le abandona en la ciudad de Ipú, raptada por un policía. Nada en su historia personal que pueda preludiar su personalidad posterior. La obsesiva racionalidad de Euclides no encuentra explicaciones para una transformación de tal calibre. Necesita materialmente matar a este personaje y hacer surgir al "anacoreta sombrío de cabellos crecidos hasta los hombros, barba desordenada y larga, rostro cadavérico; mirada fulgurante, monstruoso dentro de un hábito azul de lino grueso, afirmándose en el clásico bastón, en el que se apoya el lento paso de los peregrinos" (8). En el caso de El Consejero, como en el de toda la historia de Canudos, es preciso retomar el mito, el sentido heroico de la vida y transplantarlo directamente a los sertones de Bahía. Canudos se transforma en una Troya de paja y barro, el yagunzo — como ya vimos — en un semidios, Antonio Consejero en un profeta diabólico y misterioso, emergiendo del centro del astro solar, como una estela de luz en el poniente. De poco valdrán tres expediciones, una de ellas capitaneada por un brillante militar, Moreira César. Canudos necesitará ser destruida, arrasada, aniquilada para siempre. En ningún momento se permitirán las medias tintas. Y este grandioso castigo exigía una grandiosa falta. Todo en "os Sertões" es exagerado, y todo, aunque parezca contradictorio, es real. Sirva como botón de muestra las últimas páginas de este reportaje único, aquellas en las que se describe la llegada del Beatito con las mujeres, los ancianos y los niños, las gentes que no pueden combatir y que son entregados como prisioneros poco antes del holocausto final. Lo que sorprende en este texto es justamente su verismo. Continuamente el escritor, en notas al margen, nos recuerda que aquello fue recogido en el campo de batalla, escrito allí mismo, que las palabras son rigurosamente las mismas que se dijeron, y que no hay engaño ni deforma-

(8) O. Cit. p. 109

ción por la distancia o el tiempo; Y sorprende por lo que se cuenta, porque la simple anotación de campo tiene tal fuerza plástica, tal relieve épico que difícilmente puede ser superado por la imaginación. Dice Euclides que entre tantos desamparados resaltaba una niña cuyo "lado izquierdo del rostro fuera arrancado, hacía tiempo, por un casquillo de granada, de forma que los huesos de los maxilares resaltaban blanquísimos, entre los bordes enrojecidos de la herida ya cicatrizada... El lado izquierdo sonreía. Y era pavorosa aquella sonrisa incompleta y dolorosísima hermoheando un lado y extinguiéndose repentinamente en el otro, en el vacío de una calavera" (9). Difícil encontrar una imagen mas terrible, mas trágicamente plástica de la crueldad humana. Frente a un tema como este no se precisa salir de la simple relación de los hechos para entrar en la epopeya.

7. LA GUERRA DEL FIN DEL MUNDO

Vargas Llosa, fiel a un realismo de caricatura, comenzará su historia de Canudos con la aparición de Antonio Consejero, como un profeta escuálido que recorre los caminos, los matos y los lugares escasamente poblados de esta región del fin del mundo. Si es un místico, un revolucionario, un iluminado, un pordiosero, un primitivo, un santo o un héroe, poco importa. Su figura quedará difuminada, disuelta, perdida en la algarabía de la rebelión sertanera. Lo que considerará Vargas Llosa importante, núcleo fundamental de su obra, serán los hombres y las mujeres del pueblo. De ellos esbozará retratos fulgurantes, actos de ternura y crueldad, gestos heroicos y sencillos, apuntes distorsionados de un mundo irracional, alucinado y trágico. Sirva como muestra la magra figura de María Cuadrado, su cabeza rapada — tras cuatro violaciones y para evitar la quinta — y el costal de esparto de su vestimenta. La violencia inaudita e incomprensible del negro João Grande, llegando a desnudar, atormentar y asesinar con toda crueldad a su ama, tras una educación llena de delicadeza y privilegios para un esclavo. El sobrio caracter de Rufino, honrado en sus pactos, consecuente con su moral. La fuerte personalidad del canganceiro João Abade que termina enamorándose de una de sus víctimas. La religiosidad obsesiva, junto con la meticulosidad del Beatito. El débil caracter, lleno de humanidad por otra parte, del Padre Joaquín. La monstruosa fisonomía, aliada a una inteligencia y sensibilidad superdotadas del León de Natuba. Las quebradas, deformes figuras del Circo Gitano. En fin, toda una gama de personajes dibujados en negro contra la luminosidad ciega del sertón, que

(9) O. Cit. p. 404

oscilan entre la broma sarcástica y el heroísmo, como bufones en una tragedia clásica, como actores poco avezados ante una pieza difícil que les toca representar, quizá demasiado importante para ellos. Pero todos aprenderán nuevos gestos, recompondrán su figura, se erguirán sobre sus famélicos miembros para empuñar el arma de los héroes y beber el amargo licor de la victoria y de la derrota.

Junto a la embriaguez contestataria de esas gentes se encuentra el revolucionario y frenólogo británico Galileo Gall. Personaje de ficción en la novela de Vargas Llosa, teñido de irracionalismo, incapaz de comprender la magnitud del drama que se desarrolla en Canudos. Galileo escribe crónicas a un periódico inexistente, entiende lo que de comunitario tiene aquel poblamiento, tratando de inscribirlo en las luchas por la libertad que se desarrollan en Europa. Pero el marco teórico poco tiene que ver con la realidad vivida por las gentes de Canudos, y de esta forma Galileo Gall se va convirtiendo en un títere manejado por unos y por otros, perdido en el rompecabezas de las pasiones nordestinas, terminando sus días peleando por una mujer, en un ajuste de cuentas, muerte tanto mas irracional para un hombre que había sacrificado su vida y su sexualidad a la causa revolucionaria. Su ridícula figura tiene un lado trágico, un contorno lúcido, que nos llega no a través de él, sino de sus artículos y de su experiencia. El europeo y el intelectual están poco capacitados para poder comprender lo que se está produciendo a orillas del Basa Varris, que no se puede interpretar, en forma alguna, con presupuestos occidentales.

Más tarde, en la narración de la última campaña, cuando la curva del gran río, que protege la aldea de Canudos, se llena de cadáveres, cuando se nos cuenta como aquellas gentes arriesgan sus vidas para conseguir un poco de agua contaminada con que refrescarse los labios y continuar guerreando, suenan dos voces, lejanas en el espacio y en el tiempo, voces del Barón de Cañabrava y del Periodista miope, que van desgranando sus miserias, frente a la Bahía de Salvador, recordando a retazos, a jirones, la crueldad, el heroísmo, la miseria, la locura humana que como un huracán ha pasado por los atacantes y defensores de Canudos. Y al final una imagen se materializa en aquel soliloquio a dos voces, imagen con sonido y con olor, "el estraño, indefinible, indetectable ruido, tan fuerte que estremecía el aire. Y allí estaba, también, el poderosísimo olor que descomponía el estómago. Pero solo al trasmontar la cuesta pedregosa, parduzca, del Poço Trabubú y encontrarse a sus pies, con lo que había dejado de ser Canudos y era lo que veían, comprendieron que ese ruido eran los aletazos y los picotazos de millares de urubús, de ese mar interminable, de alas grises, negruzcas, devorantes, ahítas que todo lo

cubrían y que, a la vez que se saciaba, daba cuenta de lo que aún no había podido ser pulverizado ni por la dinamita ni por las balas ni por los incendios: esos miembros, extremidades, cabezas, vértebras, vísceras, pieles que el fuego respetó o carbonizó a medias y que esos animales ávidos ahora triburaban, despedazaban, tragaban, deglutían" (10). Es la última imagen que va tomando cuerpo en esa llantina del Barón y del Periodista. La imagen de la total destrucción, de la muerte sin explicaciones, sin ceremonias, sólo muerte, muerte inmensa, que desciende lentamente y se posa al final de la novela, con alas gigantes de un negro buitre, igual que la pesada piedra que cierra el hueco, donde descansan los últimos restos, y que con un ruido seco, que luego resonará mucho tiempo en la memoria, clausurá para siempre las puertas de la tumba. La historia ha terminado y lo único explicable y lo único inexplicable es esta última imagen. En vano se arrancarán recuerdos uno a otro el Barón y el Periodista. En vano tratará de racionalizar Galileo Gall. La verdad está en aquellas gentes del árido sertón sugestionadas por la misteriosa voz de Antonio Consejero, en esos tipos capaces de resistir la mayor miseria y afrontar el mayor heroísmo, sacrificándose por una idea, la única que ellos pueden aceptar y comprender. Estos hombres, mujeres y niños que llegan al holocausto final con una sonrisa en los labios. En vano es buscar una explicación. La única imagen coherente es la de aquellos cientos de urubúes dando cuenta de los últimos restos de aquellos despojos. Vargas Llosa no quiere o no puede explicarnos más.

8. CONCLUSIONES

Pocas veces se encontrará un tema como el de Canudos, del que se dispone tres versiones diferentes: la crónica histórica, *Os Sertões* y *La Guerra del Fin del Mundo*. Tres relatos que pretenden dar cuenta de una realidad, sin agotarla nunca. Este hecho quizá nos permita preguntarnos sobre el papel de la Literatura y su compromiso con la realidad histórica. Las crónicas populares o documentales de las campañas de Canudos exigirían un tratamiento ajeno a estas páginas, lo fundamental para nuestro comentario es que ellas nos dan un tema literario espléndido. También debemos reconocer que los dos escritores que emplearán sus fuerzas en narrarlo pueden sentirse satisfechos de sus respectivas obras. Tanto Euclides como Vargas Llosa, desde ópticas diferentes, reali-

(10) *La Guerra del Fin del Mundo* de Mario Vargas Llosa. Plaza&Janés. 1981. p. 501.

zan un trabajo perfecto, en el sentido en que alcanzan los objetivos que se habían propuesto. El escritor peruano ha defendido numerosas veces su concepción de la "Novela Total", o en sus propias palabras "el designio del todo novelesco: la totalización, querer construir una realidad tan vasta como la real" (11). Tanto en sus análisis de "Cien Años de Soledad" como de "Madame Bovary" esta idea va tomando cuerpo, materializándose como una obsesión o un ideal. Un relato de una comunidad humana, igual que una sinfonía orquestada por numerosas voces, desde distintos puntos de vista, para dibujar un espacio narrativo, donde cada personaje describa una faceta de su realidad, un determinado campo, que crezca y se complete con las visiones de nuevos personajes, hasta completar el puzle, el laberinto, el ámbito de la novela. En esta progresión totalizadora la personalidad del escritor va perdiendo coherencia, dividiéndose, rompiéndose ante la fuerza y la vida de sus creaciones. La obra literaria se convierte así en una suma de complejidades en donde "los hombres contaminan a las cosas y las cosas a los hombres, se desvanecen los límites de lo inerte y lo animado y, dentro de esa fraternidad entre objetos y dueños, el narrador elige a unos para describir a los otros" (12), Vargas Llosa no pone límites a su trabajo creador, al menos en un principio. La novela viene a convertirse en un todo en competencia con la realidad, con la Historia, en un nuevo estadio de ésta. Es comprensible que un tema como el de los yagunzos pueda ser tentador para poner en práctica esta concepción de la novela. Canudos tiene además toda la carga de rebeldía, violencia, melodrama y sexo, que exige Vargas Llosa a una obra narrativa, siguiendo su predilección profunda. El escritor peruano siempre ha sabido lo que quiere hacer, y ha comenzado su trabajo, auxiliado por la escritora brasileña Nélida Piñón, en archivos, hemerotecas, estudiando a Euclides, empapándose de ese avatar de la historia nordestina, de sus personajes, de sus gentes. Llega a encontrar figuras impresionantes, retratos de sertaneros de gran autenticidad, dibuja escenas extraordinariamente sugerentes y verídicas, penetrando lentamente en esa telaraña en la que es muy difícil orientarse. La novela tiene además esa construcción rigurosa y simétrica, cerrada sobre sí misma, compacta, de gran coherencia interna, siguiendo las exigencias rigurosas del escritor. Todo esto es cierto. El lector se encuentra ante un panel de enorme belleza formal, circula por sus páginas llevado de la mano por diversos narradores-protagonistas, perdiéndose en el maremagnum de actores y he-

(11) LA ORGIA PERPETUA de Mario Vargas Llosa. Plaza & Janés. 1981. p. 501

(12) O. Cit. p. 109 120.

chos que desembocarán en la pura tragedia de aquellos héroes inútiles. Puede detenerse ante alguna escena cruel o sentimental que le espera en cualquier encrucijada, que llega a sorprenderlo aunque nunca a conmoverlo totalmente. Y es que la Guerra del Fin del Mundo da la sensación de algo artificioso al desaparecer el narrador en numerosas voces, tanto que el lector tiene la impresión de encontrarse con algo extraordinariamente bello, riguroso, perfecto, pero al mismo tiempo ajeno, distante, gélido, como la cima de un pico demasiado alto, demasiado hermoso. Nadie podrá encontrar un error, un defecto, una pequeña pérdida de ritmo o de tensión. Ninguna imagen o situación que no esté perfectamente delineada, ni un solo calificativo de más o de menos. Todo exacto como un teorema matemático, y como un teorema matemático, demasiado científico, demasiado deshumanizado.

El escritor brasileño comienza su trabajo de una forma bien distinta. Inicialmente el tema le es impuesto, y no es el resultado de una elección como en el caso de Vargas Llosa. Euclides da Cunha vivirá los últimos momentos de la ciudad sertanera, será moralmente golpeado, produciéndose en él una crisis que le exigirá la redacción del libro. Comenzará tanteando en la oscuridad, haciendo uso de su "Diario de la Expedición", de artículos, de opiniones diversas, pretendiendo ser verídico, históricamente riguroso, buscando razones en la Geografía, en la Geología, en la Antropología, para explicar el comportamiento, las reacciones, los sentimientos que producirán la explosión de Canudos. Escribí este libro — nos dice Euclides — para el futuro. Llevado por un conjunto de circunstancias de las que no pude librarme, al asistir a un doloroso drama de nuestra historia, escribiendo con la misma serenidad histórica de Tucídides (...) sin dar crédito a los primeros testimonios que encontré ni a mis impresiones personales, sino narrando solamente los acontecimientos de los que fui expectador o sobre los que tuve informaciones seguras. (Cuaderno Intimo. Lorena. 1902). Esta mención a Tucídides es altamente significativa, porque el libro euclidiano tiene claras influencias, tanto en su concepción como en su planteamiento de la Literatura Clásica. Alguien ha llegado a calificar esta obra como la *Iliada* Nordesteña⁽¹³⁾. Y realmente todo el libro está empapado de aliento épico, tal como decíamos en páginas anteriores. Si Vargas ha seleccionado cuidadosamente el tema para su obra novelística, Euclides ha sido empujado por necesidades íntimas, queriéndose acoger a la sombra homérica, para escribir una obra fundamentalmente simbólica, en la que la ciencia, la historia, el apunte, trascienda la mera crónica. Por ello se ve obligado a depurar el lenguaje, limpiándolo de

(13) Cristina Peri Rossi. Revista Quimera nº. 19. MAYO 1982.

su carácter contingente para alcanzar su mas alto significado, para retomar el sentido profético, iluminado, heroico de las palabras, tal como se produce en las epopeyas mas importantes de la Historia Universal. Este sería el mensaje profundo de *Os Sertões*. Estamos, por lo tanto, ante otra novela total, aunque de características diferentes. La totalidad de Vargas Llosa hay que buscarla en la forma, aunque ésta evidentemente modifique, esclarezca, determine el contenido. En el caso de Euclides el mismo mensaje — cuya trascendencia no solo es capaz de transformar una vida sino de abriarnos los ojos a un nuevo mundo, a un nuevo pueblo — se impone con tal fuerza que exige que el lenguaje se transforme, se recree de nuevo. Es preciso devolver las palabras a la forja original y retomarlas con su contextura, su significado antiguo, porque ellas tendrán que ser talismanes, vehículos de lo mítico, de lo universal. Ambas totalidades — la de Vargas y la de Euclides — no pueden encontrarse, ni compararse en manera alguna. No son producto de épocas diferentes, sino de diferentes concepciones de la vida y del arte. Euclides se atreve a arañar, tembloroso, lo que tiene de sagrado el hombre. Vargas Llosa utiliza la tierra del sertón para componer una sinfonía en la cima de su carrera literaria. Por ello los dos discursos describen distintas realidades, aunque lo que sucedió en Canudos fue único, indescifrable y trágico, cuyo secreto queda escondido bajo las aguas detenidas del pantano de Cocorobó, capaz solamente de reflejar nuestra imagen, nuestra mirada interrogativa que quisiera penetrar en las profundidades inmóviles como en el recuerdo de las gentes, para saber realmente por qué murieron los yagunzos de Antonio Consejero.

9. REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CUNHA, Euclides da. *Os Sertões*; obra completa. Rio de Janeiro, Aguillar, 1981.

Llosa, Mario Vargas. *La Guerra del fin del mundo*. Barcelona, 1981.

_____. *La Orgía perpetua*. Barcelona, 1978.

FACÓ, Rui. *Cangaceiros e fanáticos*. Rio de Janeiro, 1978.